

EL HUMANISMO PREHISPÁNICO

Rubén Bonifaz Nuño

Al hablar, en general, de humanismo, se hace referencia a nociones que encierran valores indudables: realización del ideal del hombre, ideal de la plena realización del hombre en su perfección, consideración del hombre como finalidad de lo existente. Pero estas nociones contienen en sí, asimismo, gérmenes de corrupción capaces de guiar hacia magnos desatinos, la presencia de los cuales parece situarse en el origen de calamitosas situaciones que actualmente padecemos.

En efecto, la idea occidental de humanismo, al considerar al hombre fin de lo existente, supone que el mundo está hecho para servir al hombre; éste, con esa conciencia, al saberse finalidad última de todas las cosas, se atribuye la facultad de servirse de ellas, de explotar la realidad en su propio provecho.

La viciosa comprensión y aceptación cabal de tales ideas, viciosas ellas también acaso en su misma raíz, ha conducido a la humanidad y su ámbito a las circunstancias lastimosas en que ahora se encuentran.

Porque el hombre, al concebirse como el único ser digno de tomarse en cuenta, se ha convertido en el supremo destructor, en algo como una plaga, amenaza máxima de cuanto se aquieta o se mueve en torno suyo.

Si todo se hizo para servirlo, él se realiza a sí mismo mediante el aprovechamiento desaforado de las cosas, incluyendo entre éstas no sólo a las demás especies vivientes, sino en muchas ocasiones a otros hombres, con tal que le sean diferentes en color o en estatura o en creencias.

La expresión "mata y come" de la Escritura, tomada en su literalidad más grosera, se hace ahora consigna para el hombre. Como si para formar o mantener su puesto natural hubiera de dar muerte y devorar a cuanto no es él mismo.

Y mata así y consume y corrompe cosas y criaturas, igual

que si ejerciera un deber monstruoso sin más término que el total acabamiento.

Sirviéndose de todo, se encuentra ahora próximo al límite final. Porque la muerte causada a su alrededor lo cerca ya inminente, y el matar y el comer se le convierten en actos simultáneos, y él destruye el mundo para convertirlo en alimento de su indolencia, y llega a devorarse y matarse, en su ambición desconsiderada y en su pavorosa insania.

Ahora bien: es indudable, a lo menos en el minúsculo planeta que habitamos, la función central del hombre como naturaleza privilegiada. Pero lo que hay que definir entre nosotros, ahora con mayor urgencia que nunca, dados sus posibles efectos, son la índole y los necesarios límites que han de fijarse a tal función.

Con ese objeto, supuesto que somos por sangre y por cultura descendientes de las creaciones de dos formas de espíritu que se enfrentaron en un momento de la historia, nos sería conveniente considerar las concepciones que de lo humano hay en tales dos formas. En honda contradicción las dos, no sé si acaso estén llamadas a conciliarse.

Esquematisando, podría decirse que en el concepto occidental del hombre y del mundo, éste está destinado a servir a aquél; corrompiendo un principio de posible verdad, ese concepto ha llevado al mundo occidental, del cual hoy formamos parte, a los casos de injusticia y pavorosa inseguridad en que estamos. El hombre, en el centro de las cosas hechas para servirlo, se convierte, a causa de sus debilidades, en una suerte de tragadero insaciable de todo; en busca de su comodidad, satisfaciendo las solicitudes de su pereza, emplea el mundo como instrumento de ésta, aparte de toda otra preocupación. Su dominio se transforma en tiranía que termina por volverse contra sí mismo y por condenarlo al aniquilamiento. En eso se ha convertido la herencia que nos ha llegado del humanismo clásico.

Pero nosotros, por fortuna, contamos con otra herencia: la de los antepasados indígenas que poblaron este territorio, y allí meditaron y lucharon, hicieron su trabajo, ejercieron su vida.

Del concepto que tuvieron del hombre y su situación y relaciones con el mundo; esto es, de lo que con legitimidad pudiera llamarse su humanismo, me toca hablar ahora. Para ello, he de

recurrir a alguna parte de la muchedumbre de testimonios que de sus obras permanecen. Por una parte, textos escritos, recogidos por los mismos que vinieron a destruirlos; por aquellos que los sucedieron; por los vencidos mismos y sus descendientes, por los portadores de otra lengua y otra religión. Por otra parte, abundancia de objetos plásticos salvados del aniquilamiento y que, como las hierbas que desde abajo descuajan y rompen las piedras en las calzadas y los edificios de las ciudades despobladas, pugnan ahora por sacar a la luz la fuerza de sus verdaderos sentidos, a lo largo y lo ancho de la superficie que hoy llamamos Mesoamérica.

Y en textos y en formas plásticas encontraremos una concepción única y un mensaje que se ofrece a ser descifrado. En todos, en unos y otras, se revela por todas partes la presencia humana central. En aquéllos, con el señalamiento de la historia y las virtudes del hombre; en éstas, con la reproducción multiplicada de su imagen en medio de atributos que en un sentido la superan y en otro requieren de ella. Y esta necesidad que lo que está alrededor de él tiene del hombre, expresada en letras y en formas, es lo que en esencia define la índole del que puede llamarse humanismo prehispánico. Porque el hombre, al comprender la necesidad que de él tiene el mundo, sabe que él está destinado a satisfacerla. Por tanto, sabe que el mundo no está a su servicio; que no es materia explotable, sino motivo de servicio, causa de trabajos solícitos, obligación de colaborar con cuanto considera que está por abajo y por encima de él.

De esta suerte, el hombre no es tirano, sino sujeto; no es destructor sino edificador de las cosas. No hay límite en la vida humana para los deberes que impone ese servicio. Porque el mayor de ellos consiste en la donación de la misma vida para mantener la existencia universal.

En resolución: si en la noción occidental el universo está hecho para servir al hombre, en la noción prehispánica el hombre se hizo para servir al universo.

Esto, aparte de la conciencia que del valor del hombre supone, supone a la vez la conciencia del deber de la mayor humildad. El hombre no puede explotar al mundo; ha de ofrecerse al mundo en cuanto él es, en una actitud solidaria y paciente.

Lejos, pues, toda postura de soberbia posesión; el hombre es

el poseído por el mundo, a fin de que éste cobre realidad y mantenga su armonía que, en última instancia, será la del hombre mismo, que habrá encontrado en la participación y el servicio la significación de su propia existencia.

En el intento de probar lo afirmado hasta aquí, recurriré en seguida a lo expresado en los textos e imágenes a los cuales me he referido.

Entre los textos, me valdré de algunos de la cultura azteca y de la quiché; de las imágenes, utilizaré para mis propósitos solamente las de la cultura dicha en primer lugar, porque en ellas el concepto de la función humana en el mundo se revela con evidencia suprema.

Buscando, pues, en los textos antiguos la noción que en el pensamiento prehispánico se tenía del lugar y la misión que en el mundo correspondían al hombre, es bien fácil encontrar datos orientadores.

El primero, la existencia del hombre como elemento necesario a la creación universal. Trataré de explicarme: el orden divino es, en sí, incompleto; sólo alcanza la posibilidad de lograr su plenitud mediante la intervención de la criatura humana. De aquí se hace preciso concluir el lugar central que a ésta correspondía en el todo, como factor indispensable del cosmos. No basta que existan los dioses; el mundo, sin el hombre, está mutilado.

Dos textos son aducibles para aclarar este punto: uno es la historia del descenso de Quetzalcóatl a los dominios de Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl en demanda de los principios requeridos para la creación del hombre, historia que se lee en la *Leyenda de los soles*, manuscrito de 1558; el otro forma parte del *Popol Vuh*.

En el primero se ve que, habiéndose parado el cielo y la tierra; habiendo, pues, caído el mundo en la inmovilidad, los dioses, obligados a poner remedio a esa situación, envían al Mictlan a Quetzalcóatl.

Éste, al ser preguntado por Mictlantecuhtli acerca del motivo de su viaje, le responde: "Los dioses se preocupan [se afligen] porque alguien viva en la tierra."

En el *Popol Vuh* se oye preguntar a los dioses, afligidos también por su necesidad; "¿Cómo haremos para que nos nazcan adoradores, invocadores?" Y aquí se revela en algún modo el

porque de aquella necesidad divina de "que alguien viva en la tierra", necesidad de que habla el texto antes citado.

En éste del *Popol Vuh*, prosiguen los dioses: "Es tiempo de concertarse de nuevo sobre los signos de nuestro hombre construido, de nuestro hombre formado, de nuestro sostén, nuestro nutridor, nuestro invocador, nuestro conmemorador."

De esta suerte se comprende la necesidad divina de que el hombre exista: él, al venerarlos, al invocarlos, los nutrirá, habrá de servir para sostenerlos.

Los dioses creadores son, así, mantenidos por esta creación suya, sin la cual permanecen incompletos, en un mundo estacionario, sin acción posible.

Y si quisiera saberse cuál es la conducta humana mediante la cual se cumplirán las finalidades propuestas, esa nutrición, ese sostenimiento de los dioses, resultaría oportuno acudir a un texto que, entre otros, parece explicarlo.

Ése se encuentra en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, donde ya no se dice, como en los anteriormente reproducidos, a propósito de la actitud divina en el momento previo a la creación del hombre y de las causas y los fines que la determinaron, sino del hecho mismo de esa creación.

Allí se lee: "Luego [los dioses] hicieron a un hombre y a una mujer: el hombre dijeron Uxumuco y la mujer Cipastonal, y mandáronles que labrasen la tierra, y que ella hilase y tejese, y que dellos nacerían los macehuales, y que no holgasen sino que siempre trabajasen."

Así, el trabajo parece ser la forma en que el hombre habrá de invocar, de recordar, de venerar, de sustentar a los dioses.

Y sería posible comenzar a establecer los principios a partir de los cuales será lícito concluir: si la misión del hombre es el sustentamiento de los dioses, su lugar central se manifiesta con evidencia. Pero el privilegio de su posición no lo vuelve en dueño y usador y abusador y explotador de lo que existe, sino en su servidor constante, por medio del trabajo de una colaboración humilde con los poderes por los cuales fue creado.

De modo más particular, esto es perceptible en la lectura de muchísimos textos, varios de los cuales se hacen contradictorios, por ejemplo, en el libro VI del *Códice Florentino* de Sahagún, donde

se declara un conjunto de pensamientos reveladores de cuanto se juzgaba que el hombre debía ser en relación con los principios divinos y con los demás hombres.

En cuanto al dios, por todas partes se revela la sumisión del hombre con respecto de él: es él quien da la vida, las riquezas y las miserias, los males y los bienes; ante él, el hombre se confiesa "lleno de muchos defectos y faltas", y dice: "Ni me sé conocer ni considerar quién soy." Nada puede hacer el hombre frente al dios, si no es servirlo.

En lo que se refiere a su relación con los otros hombres, a fin de comprenderla claramente considero de conveniencia acudir, en primer término, a los textos donde se expone la actitud de los gobernantes en lo tocante al poder y a aquellos sobre quienes éste se iba a ejercer.

Ellos, en el momento mismo de asumir el señorío, comenzaban por declarar su humildad de condición, su falta de merecimientos. Luego, decían la naturaleza de obligación supuesta por el cargo que en ellos recaía. Nunca es considerado éste como beneficio o causa de enaltecimiento, sino como lo contrario: como fardo dificultoso.

El gobernante no está sobre, sino debajo de los gobernados; ha de llevarlos a cuestras, ha de guiar a los que lleva a cuestras, preocupado por no echarlos a perder. Al pensar en sus antecesores, dice de ellos: "Dejaron la carga del regimiento que traían a cuestras, debajo de la cual trabajaron como los que van de camino y llevan a cuestras cargas muy pesadas." Así, el gobierno es trabajo, y trabajo bien modesto, equiparable al del cargador ambulante.

El gobierno es dolor, no placer; "la gente popular son muy antojadizos y muy enojadizos" y el señor la ha "de sustentar y regalar como a niños"; el gobierno es deber de servir; así se le hace ver al señor cuando se lo exhorta: "Esfuéztrate y ánimo, y pon el hombro a la carga que te es encomendada y encargada."

Por lo demás, el cargo de gobierno es cosa del dios; nadie dice "quiero ser esto, quiero tener esta dignidad, sino que así lo quiso nuestro señor, y ésta es la misericordia que ha hecho conmigo [...] porque ninguno escoge la dignidad que quiere. Sólo dios da lo que quiere a quien quiere". Por eso, el gobernante tiene que ser "humilde delante de Dios".

Muy semejantes a los deberes y los trabajos de los gobernantes, son los de los hombres comunes. Concernientes a ellos, se leen en el mismo libro las normas fundamentales que hacen del hombre el ser social, la parte solidaria de la comunidad.

Las siguientes se encuentran en las enseñanzas del padre al hijo varón: ten "paz con todos; con ninguno te desvergüences y a ninguno desacates; respeta a todos, ten acatamiento de todos [...]. Por ninguna cosa afrentes a ninguno. [...] Humíllate a todos, aunque digan de ti lo que quisieren [...]. Sé sufrido y reposado".

Y con referencia a poderosos antepasados:

Estos, que fueron muy grandes señores [...], no se ensoberbecieron ni se engrieron, mas antes se humillaron y anduvieron encorvados [...]. No se estimaron como señores, sino como pobres y peregrinos. Consolaron y favorecieron a la gente popular [...]. Bien hablados y muy humildes [...] y respetaban a todos [...] y se tuvieron como nada [...].

Cuanto más eran honrados, tanto más se abajaban.

Para definir el poder y la nobleza, ambas cosas sólo justificables con la actitud del servidor, se hacía notar: "La humildad y el abajamiento de cuerpo y del alma, y el lloro y las lágrimas y el suspirar: ésta es la nobleza y el valor y la honra."

Dolor, pues, padecido por el bien de los demás. Y a más de todo eso, con la humildad y el servicio, la función central, tanto del gobernante como del gobernado: "El señor es el corazón del pueblo."

En el mismo sentido, se amonesta al gobernante futuro: "Date a la sujeción de todos. Sé sujeto a todos y humilde a todos."

Al hablar el hombre a su hija, vuelve a exponer las nociones del sentido de la vida: "La reverencia y el temor y la humildad y paz es la verdadera nobleza y la verdadera generosidad."

Pero hay un punto definitivo, en el cual se expone la finalidad de la existencia humana con tal claridad, que no deja poner duda en que en la vida del hombre lo valioso son los servicios que él puede prestar. Óigase lo que la partera decía al niño que recibía en sus manos: "Y ahora resta que esperemos el merecimiento o provecho que nos vendrá de tu vida y de tus obras."

Así se sitúa el hombre en el mundo: en relación con el dios, en relación con los superiores y los iguales, en relación con los inferiores. La definición de su postura, aquello que lo hace hombre, lo que lo consume en su ideal humano, es la humildad, es el trabajo constante, es la obligación de servir. Servir al dios y a los hombres todos, como individuos y como conjunto social. Si el señor sirve, han de servir también los otros, que de esta suerte se igualarán al señor, y serán sus semejantes en dignidad y deberes. Habla el hombre al dios, habla al señor, se habla a sí mismo, habla a sus hijos, habla a sus súbditos. De continuo la misma postura: el hombre no tiene, no posee; sí pertenece.

Dejemos aquí lo relativo a los textos, y vayamos ahora a lo que, acerca del mismo asunto, esto es el hombre y su lugar y su misión, nos transmiten las imágenes plásticas.

El concepto concerniente a su posición central en el mundo, a su misión universal de servicio, a su función de sostenedor de los dioses e impulsor de la acción de éstos, cosas todas expresadas en los textos antiguos de los cuales he traído algunos ejemplos, se encuentra multiplicadamente afirmado y se aclara y se explica en la multitud de obras plásticas que, pese a la acción y al descuido destructores padecidos, se conserva de nuestro pasado indígena.

En efecto, si se examinan tales obras, desde las más lejanas hasta las más próximas al tiempo de la conquista española, en todos los espacios de la hoy nombrada Mesoamérica, se advertirá en una mayoría tan inmensa que se acerca a la totalidad de ellas, una presencia en torno de la cual se armonizan y cobran sentido todas las demás: la presencia humana.

Desde los albores del preclásico hasta las piezas magnas y pequeñísimas plasmadas en las vísperas del arruinamiento de la gran ciudad de los aztecas, resplandece tal presencia.

Pero es, ya lo dije, en las creaciones de estos últimos, donde se manifiesta la concepción, grandiosa y humilde a la vez, que del hombre y su destino albergaron los pueblos prehispánicos nuestros.

Piénsese, así, en dos de las piezas mayores de la cultura azteca que, casi enteras, han llegado a nuestros tiempos a sernos conocidas: la llamada Coatlicue, la Piedra del Sol. En ambas, una imagen central: un cuerpo de mujer en la primera; en la segunda, un

rostro humano. Relacionadas indisolublemente con esa imagen, serpientes grandes y breves. Un par de serpientes inmensas formándose a una rostro y cabeza, cercando en su exterior los bordes de la segunda. Serpientes, pues, y presencia humana.

Y quiero ahora recordar, para comprender esa unión, a lo menos el sentido de otro texto fundamental acerca de la creación del mundo: aquél contenido en la *Histoire du Mexique*: dos grandes dioses toman a una entidad de forma humana y la hacen descender a la superficie de las aguas increadas, sobre la cual ella camina. La miran los dioses, miran especialmente sus articulaciones, donde hay bocas colmilludas que muerden como bestias salvajes. Y al mirarlas se dicen: "Hay necesidad de hacer la tierra." En diciéndolo, cada uno de ellos se trasmuta en una gran serpiente; se llegan así a la forma humana; cada serpiente la ase por un pie y una mano; la oprimen entre ambas y la dividen en dos partes; hacen con una la tierra, con la otra erigen el cielo.

También en este texto se advierte: por sí solos nada pueden hacer los dioses; nada puede ser creado por ellos. Y se advierte asimismo la función del hombre: él se somete al designio divino, lo sirve incluso con su propio ser, pues admite ser usado para hacer posible que el mundo se cree.

Tráigase ahora a la mente el momento previo a que ocurra tal hecho: tenemos allí dos grandes serpientes en relación con la forma humana. Se unen las tres en un momento prodigioso, en el cual se concentra en su totalidad la energía del universo que va a ser. Constituyen, en ese punto, la máxima potencia concebible, en los umbrales mismos de la realización de todos los actos. Y la forma humana, el hombre, es el servidor, el centro indispensable que hace posible el ejercicio de esa potencia.

Ahora pónganse ante los ojos las dos imágenes mencionadas antes: la llamada Coatlicue, la Piedra del Sol. ¿Qué otra cosa hay en la esencia de ambas, sino la plasmación de esa energía en potencia, de ese poderío ilimitado? Allí, están, en la cima de una, sobre el torso femenino, las dos serpientes divinas; y las dos serpientes divinas describen entre ambas un círculo, y circundan y encierran el rostro humano que ilustra el centro de la otra.

El hombre central, pues, completando a los dioses, prestando

su colaboración para que los dioses adquirieran la potestad de crear, trabajando para ellos, sirviéndolos.

Pues esto que de manera ejemplar e innegable se ve en estas grandes imágenes, es perceptible en una abundancia casi inagotable de otras menores. Así, en todas las innumerables de Tláloc, en las cuales las dos serpientes divinas se enfrentan sobre un rostro humano; así también, en muchas de Tlaltecuhтли, en donde las mismas dos serpientes constituyen, para un cuerpo humano, rostro y cabeza, igual que en la llamada Coatlicue.

De esta suerte, lo dicho en los textos viene a confirmar del todo lo expresado por las figuraciones plásticas. El hombre es, sí, parte central del universo; es necesitado por los dioses; es fomentado por ellos a fin de conseguir su propia plenitud. Pero el hombre no es, a pesar de eso, el dueño sino el servidor del mundo, de cuya existencia y preservación es condición necesaria.

Este concepto prehispánico del hombre, por lo demás, no ha sido comprendido.

Cabría ahora recordar, para demostrarlo, algo de lo que acerca del papel atribuido entonces al hombre en el mundo, han dicho autores que se han ocupado en el estudio de nuestras viejas culturas.

Westheim, por ejemplo, se refiere a "la fatalidad [...] sobre la vida y el pensamiento del hombre azteca", y afirma: "Es la ley absurda que obliga al hombre a dejarse vivir por el destino, por un destino implacable y sin bondad, sin otro sentido más allá de su ley demoníaca."

A su vez, Kubler asevera acerca del mismo pensamiento: "Su mensaje viene de la escondida, perdida energía de un arte de *trágica necesidad* basado en el sacrificio humano." Y buscando en el México azteca el modelo de las abyectas matanzas que a partir de 1914 han envilecido este planeta, llega a decir: "La culpa humana colocó el sacrificio humano como la eucaristía que mantendría vivos a los dioses de la guerra."

Y el tan celebrado Jacques Soustelle alcanza a escribir: "La visión del mundo o *Weltanschauung* de los aztecas, no concedía al hombre sino un papel ínfimo en la organización de las cosas. [...] Su deber consistía en combatir y morir por los dioses y por la conservación del orden del mundo." Y de inmediato, incluso dentro de la manera de razonamiento de este autor, salta

a la vista una contradicción flagrante: ¿cómo podría decirse que se atribuía al hombre un papel ínfimo en la organización de las cosas, si se admite que el hombre empeñaba su combate y recibía la muerte por conservar el orden universal? Con todo, eso es lo que afirma Soustelle. Y sigue, además, por el mismo camino, y reflexiona: "Es un hecho notable que una visión tan pesimista haya podido coexistir con el maravilloso dinamismo del mundo azteca." Y ni siquiera se le alcanza, en su reflexión, que ese maravilloso dinamismo, por él expresamente reconocido; ese dinamismo demostrado y sostenido por multitud sin número de obras, excluye por sí solo y de golpe, la posible existencia de una visión pesimista de las cosas, visión que entre los aztecas, por cuanto de ellos se sabe, no es demostrable que se tuviera.

De ese modo, pues, tenemos, en Soustelle, suposición de papel ínfimo del hombre en el mundo, visión pesimista; en Westheim, sometimiento a un maligno destino sin posible aplacamiento, a un destino demoníaco; en Kubler, necesidad trágica, sacrificio del hombre como medio de purificación de pecado. Nada de cuanto afirman deja, así sea en un solo punto, de ser cabalmente improbable.

Acerca del mismo problema, habla Alfonso Caso de una colaboración del hombre con la divinidad, en la batalla que ésta sostiene contra las fuerzas infernales. Así, por lo menos en un sentido, se concede al hombre una función esencial en el desarrollo del universo. Pero en realidad, de acuerdo con lo que los textos y monumentos revelan de la concepción prehispánica del mundo, la colaboración del hombre con los órdenes superiores se coloca muy por encima de una simple alianza en la lucha contra el mal.

Como se ha visto en lo afirmado en los textos, como se percibe sin duda en la presencia de los objetos y los significados que plasman, el hombre, pieza central del mundo, no es un simple aliado, sino un elemento esencial faltando el cual la acción del mundo mismo desaparece en su posibilidad de existir. Acaso la concepción occidental del hombre como dueño y explotador universal conduce a este desprecio de la misión del hombre concebido como universal servidor. Pero la evidencia textual e iconográfica demuestra que dicho desprecio carece de base.

El hombre, para el pensamiento prehispánico, dista incluso de

ser un mero aliado de la divinidad; viene a ser el motor de los poderes creadores del mundo. Allí están los textos, allí las imágenes.

Piénsese otra vez en la llamada Coatlicue, prototipo de imágenes sin cuento: la forma humana en el centro, y sobre ella los contrarios divinos, que ya no son contrarios, y que, unidos a lo humano, constituyen la tríada inicial de la cual el todo recibirá su posibilidad de hacer.

Y se hace indudable que no hay la insignificancia y el pesimismo que dice Soustelle, ni la necesidad trágica aducida por Kubler, y no se manifiesta en parte alguna el destino implacable y demoníaco atribuido por Westheim.

Hay, por lo contrario, una noción superior del hombre, que constituye la almendra de lo que considero el humanismo prehispánico: el planteamiento del ideal de hombre que se dio en aquel mundo, por ventura y viviente y nuestro todavía.

De acuerdo con esa noción, nada se crea, nada tiene acción en el mundo sin que el hombre intervenga; sin él, los dioses, el universo, quedan inmóviles o en el riesgo de destruirse mutuamente para, de este modo también, caer en la inmovilidad.

No existe, por tanto, necesidad trágica, sino acción libre y solidaria, dispuesta incluso al máximo sacrificio para originar y preservar el orden de las cosas; no hay perversidad demoníaca; no puede haberla en el impulso de crear y guardar el mundo; y si no existen perversidad ni destino inaplacable ni tragedia, no podrá suponerse siquiera la intromisión del pesimismo.

La suprema perfección imaginable es atribuida al hombre por esta noción que, dada la abundante multiplicidad de sus expresiones en palabras y formas tangibles, llega a constituir sistema totalmente vigente.

Aquí están los textos acerca del origen y la misión del hombre en el mundo; están aquí las imágenes triples y unitarias: la llamada Coatlicue, la Piedra del Sol, las innumerables efigies de Tláloc, las del Tlaltecuhltli, las ingentes y las menudas. Y en cada una de ellas, en todas ellas, la consagración de la estructura humanista del mundo.

El sentimiento, la idea, la voluntad perpetua y constante del respeto y la veneración al hombre por sí mismo y su propia

grandeza; de su dignidad sin tacha, que se revela cuando él se integra como venero de la acción creadora, como servidor de la voluntad eterna de mantener lo creado.

Los dioses, el mundo, por consiguiente, carecerían de sustentamiento si el hombre no viviera en la tierra para servirlos, nos enseñan los textos; nada de lo creado existiría si el servicio del hombre no se diera, nos dicen las imágenes.

Únicamente por obra de la presencia del hombre, los dioses consuman su poder de edificar, al unirse con él, la totalidad de lo real.

Y si volvemos ahora a la idea del humanismo, podremos, pienso que tenemos elementos suficientes para hacerlo, definir la naturaleza del humanismo prehispánico, es decir el ideal humano que aquellos antepasados nuestros se propusieron; el concepto que tuvieron de lo que era la consumación de la perfección del hombre; la relación de éste con el universo, la finalidad de su acción.

En primer término, encontramos que le es atribuida una posición central. Él es sostén y fuente del mundo. Ésa es su función; en esencia, función de servicio.

El hombre no está hecho para explotar sino para servir al mundo. Para cumplir tan función, ha de ser conocedor de sí mismo y de las cosas; eso hará que sea humilde y respetuoso de todo, hasta la veneración; ha de trabajar sin pereza, ha de ser veraz y abnegado hasta el sacrificio de sí mismo.

Sólo por medio del ejercicio continuo de tales virtudes podrá conseguir su propia perfección, que habrá de manifestarse en una postura solidaria y libre, cuya finalidad no es usar de las cosas, sino unirse a las cosas a fin de que la totalidad de éstas sea preservada.

El mundo, entonces, se puebla de armonía y de paz, y se justifica seguir ofreciéndolo todo, incluso la vida, si la vida puede ser herramienta para el mantenimiento de esa paz y esa armonía.

Sí, lo dicen los textos: el mundo es lugar difícil, de llantos y de congojas. Pero eso no es causa para que andemos siempre lamentándonos, para que vivamos llorando.

Hay trabajo, hay señorío, hay posibilidad de ser útil, siendo parte consciente de este mundo, del cual somos energía principal.

Y se ve cómo, en este mundo nuestro de ahora, especialmente en

este país, algo podremos hacer si reclamamos como nuestra la herencia espiritual, el humanismo de los antepasados indígenas, y, en lugar de mal o bien copiar lo que nos llega de la corrupción del concepto humanista occidental, seguimos puntualmente los principios contenidos en las enseñanzas de aquéllos.

Admitámoslo: en nuestra pobreza, en nuestra bajeza de suerte, en nuestra poca razón y bajo juicio, en nuestra ignorancia de quién somos, no sería lícito que nos concediéramos el derecho de disponer de lo que existe; que pensáramos que el mundo es cosa fabricada para nuestro provecho. Miremos a dónde nos ha conducido esa aberración: al hambre y a la asfixia y a la malicia y a la ignorancia y el embotamiento de nuestras mejores capacidades.

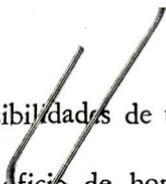
Aprendemos las palabras de otros, las decimos mal y a destiempo. Usamos en nuestro trabajo herramientas que nunca nos pertenecerán; nuestro trabajo queda mal hecho.

Y nuestra posible verdad se vuelve mentirosa y acabará por desaparecer. Andamos como en sueños; como quien dormido se levanta de noche, sin saber a dónde va. Despertemos, pues; sepamos lo que somos; en las palabras, en las acciones, en las imágenes que de su mundo y su ser recibimos de nuestros abuelos, aprendamos la única lección: el hombre es punto de referencia del mundo, pero no como el amo del mundo, sino como parte suya con deberes solidarios. El deber de construir, para servir; la responsabilidad de todos sobre nosotros; la renuncia consciente a la comodidad física, que es muerte del crecimiento espiritual; el deber del trabajo, no sólo por respeto a los hombres, sino por el respeto a la dignidad de los demás seres que viven como nosotros, y para la vida misteriosa de las cosas. Ese respeto al aire, al agua, a la tierra y al fuego que integran los cuatro polos inagotables de nuestro mundo.

Supeditemos, en el sentido más alto, la necesidad de comer al deber de no matar, y olvidemos las maravillas de una civilización que ha llevado al mundo a la pugna al parecer sin posible conciliación; olvidemos las maravillas de una técnica que amenaza con la destrucción y a nosotros nos hostiga con la miseria.

No está allí nuestro camino; no es la ciencia de los modernos la que nos ofrece una vía de salvación, sino el humanismo de los antiguos lo que nos abre una esperanza.

Aquí estamos, con nuestro presente y nuestra historia. Con un



pasado poderoso a enseñarnos las posibilidades de un futuro verdaderamente nuestro.

Sirvamos, pues; hagamos nuestro oficio de hombres. Con la humildad de la verdadera conciencia, que es la sabiduría, aprendamos, despiertos, la humilde tarea de la colaboración humana que preservará a nuestro país y, después, a nuestro planeta, de los acometimientos de la indolencia y la soberbia.